



SERMÓN 6

La multiplicación de los panes

HIMNO INICIAL

¡Oh, cuán dulce es fiar en Cristo! – HA 395

SALUDO

Bienvenidos a la sexta reunión de *Miércoles de poder*. Es muy bueno hacer una pausa en medio de la semana y venir a una reunión de oración. Estamos estudiando algunos de los milagros de Jesús y como nos alientan a creer, amar y servir al Dios que continúa realizando milagros hoy, en el contexto del tiempo del fin. Esta noche reflexionaremos en el milagro realizado en favor de una multitud cuando Jesús multiplicó el alimento.

INTRODUCCIÓN

Cuando suceden situaciones problemáticas, se buscan soluciones que disminuyan el impacto negativo. Por ejemplo, mudarse a un lugar lejos de amigos y familiares, cambiar de empleo, organizar un almuerzo o fiesta y llegan más personas de lo esperado. Las personas involucradas vivirán algún nivel de estrés y tendrán que buscar maneras de disminuirlo en vez de aumentarlo. Una de esas maneras es considerar la situación problemática como una oportunidad.

DESARROLLO

El primer milagro de la multiplicación de los panes y peces es probablemente uno de los milagros más populares y nos proporciona lecciones preciosas para tratar con situaciones diarias difíciles. El relato bíblico está en Juan, capítulo 6, versículos 1 al 13.

“Después de esto, Jesús fue al otro lado del mar de Galilea, el de Tiberias. Le seguía gran multitud, porque veían las señales que hacía en los enfermos. Entonces subió Jesús a un monte, y se sentó allí con sus discípulos. Y estaba cerca la pascua, la fiesta de los judíos. Cuando alzó Jesús los ojos, y vio que había venido a él gran multitud, dijo a Felipe: ¿De dónde compraremos pan para que coman estos? Pero esto decía para probarle; porque él sabía lo que había de hacer. Felipe le respondió: Doscientos denarios de pan no bastarían para que cada uno de ellos tomase un poco. Uno de sus discípulos, Andrés, hermano de Simón Pedro, le dijo: Aquí está un muchacho, que tiene cinco panes de cebada y dos pececillos; mas ¿qué es esto para tantos? Entonces Jesús dijo: Haced recostar la gente. Y había mucha hierba en aquel lugar; y se recostaron como en número de cinco mil varones. Y tomó Jesús aquellos panes, y habiendo dado gracias, los repartió entre los discípulos, y los discípulos entre los que estaban recostados; asimismo de los peces, cuanto querían. Y cuando se hubieron saciado, dijo a sus discípulos: Recoged los pedazos que sobraron, para que no se pierda nada. Recogieron, pues, y llenaron doce cestas de pedazos, que de los cinco panes de cebada sobraron a los que habían comido”.

Este primer milagro de multiplicación de panes fue realizado para una multitud de judíos, cerca del lago. La segunda multiplicación ocurrió con la multitud de gentiles, en la región de Decápolis. Todo comenzó con la reunión de confraternización entre Jesús y los discípulos para que estos descansaran y conversaran sobre el viaje que habían hecho. Ellos habían vuelto de una campaña de evangelismo donde realizaron milagros y predicaron el evangelio con el poder de Dios (Mat. 10:7, 8; Luc. 9:6). Jesús planeó estar a solas con ellos. Eligieron un lugar aislado para no ser molestados. Las personas sintieron la falta de Jesús en medio de

ellos y comenzaron a buscarlo. Algunos venían por tierra, otros, en barco. Como se acercaba la Pascua, vinieron viajeros de todas partes para ver a Jesús. La multitud iba aumentando y lo esperaba en la playa. Cerca de cinco mil personas se reunieron allí.

Jesús pasó algún tiempo con los discípulos y fue a atender a la multitud, que parecía como “ovejas sin pastor”. Los líderes religiosos no los alimentaban espiritualmente. Muchos querían oír el mensaje de salvación que Jesús les daba. Las curaciones y milagros que él realizaba llevaban alegría y vida a los enfermos. Otros seguían a Jesús por los beneficios que él podría darles, y no por su mensaje. Lo que ocurrió en aquella época no es diferente de lo que sucede hoy. Cuántas personas quieren beneficiarse de Jesús, pero no quieren ningún compromiso con él y su Palabra. Hay personas que buscan un evangelio que les prometa comodidad, y no sacrificio; éxito, y no renuncia; riqueza en la Tierra, y no bienaventuranza en el cielo. Hay personas que desean un evangelio donde ellas sean el centro, no el Señor.

El día estaba terminando, el sol comenzaba a descender en el horizonte. Los discípulos le pidieron a Jesús que despidiera a las personas para que pudieran comprar alimento en el camino. Después de todo, habían pasado todo el día sin comer y estaban con hambre. Jesús no consideró correcto despedir a las personas con hambre. La manera como Jesús trató ese problema y realizó el milagro es curiosa porque se trata de un enfoque muy diferente al de los otros milagros. En general, Jesús actuaba solo para realizar los milagros: hablaba con el enfermo y lo tocaba. Aquí, los discípulos participaron activamente del milagro. En primer lugar, llamó la atención de Felipe al problema, en el vers. 5: “¿De dónde compraremos pan para que coman estos?” Esa pregunta de Jesús no tenía sentido. Los discípulos presenciaron milagros y curaciones, solo con una orden directa de Jesús los demonios fueron expulsados, los enfermos sanados, la tempestad se calmó, y los muertos volvieron a la vida.

Felipe le respondió que ellos no tenían condiciones de resolver el problema (v. 7): “Doscientos denarios de pan no bastarían para que cada uno de ellos tomara un poco”. Entonces surgió un tercer personaje, Andrés, con una solución que él mismo reconoció que no funcionaría (v. 8, 9).

Él encontró a “un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos pececillos; pero ¿qué es esto para tantos?” Estaban enfocados en el problema, el cual los perturbó tanto que los cegó. La fe de ellos todavía no estaba madura, era una fe teórica, de conocimiento teórico, aunque habían presenciado todo lo que Jesús había realizado hasta allí. La fe práctica y madura confía y actúa en colaboración con Dios. Pero, en ese momento, ellos no recordaron pedirle al Salvador que resolviera la situación.

¿Y nosotros qué hacemos ante situaciones desafiantes? ¿Cómo reaccionamos? ¿Analizamos todas las soluciones posibles y oramos a Dios desesperados porque no hay solución? ¿Oramos a Dios repitiendo constantemente la solución que deseamos, e incluso hacemos algún tipo de maniobra y prometemos algo a cambio? ¿Nuestra fe es madura para orar, presentar el problema a Dios y confiar en que él lo resolverá? Desgraciadamente, muchos de nosotros nos encontramos en la misma situación de los discípulos en cuestión de madurez de la fe. En general, nos concentramos en lo que falta, en los problemas y somos ingratos, negligentes, quejosos o procrastinadores. Nuestras emociones enferman. Nuestra fe enferma.

Por otro lado, Jesús nos dejó un ejemplo saludable para lidiar con situaciones estresantes. Él concentró su atención en lo que haría para alimentar a la multitud hambrienta (Juan 6:6). Ordenó que los discípulos entraran en acción e hicieran que las personas se sentaran. Después, bendijo el poquísimo alimento que los discípulos habían encontrado y los envió a distribuir ese poco alimento a la multitud. Al distribuir el alimento, notaron que este no se terminaba, que las personas tenían libertad de comer cuanto querían hasta estar satisfechas y que sobraron doce cestos llenos de alimento. Los discípulos tuvieron que enfrentar una “fe teórica” y dieron pasos importantes rumbo a la “fe práctica, madura”.

LLAMADO

Con este relato, notamos que necesitamos buscar a Dios para ser sanados y también para comprender su mensaje por medio de la Palabra, de la Biblia; que los problemas difíciles o sin solución son una tremenda oportu-

tunidad para madurar en la fe; que, al encontrarnos con dificultades, lo mejor que podemos hacer es reaccionar como Jesús, concentrándonos en la resolución de los problemas, convencidos de que Dios está con nosotros. Ese relato también nos muestra que algunos milagros se realizarán con nuestra colaboración. Cuando enfrentamos nuestros dramas, él ya los conoce y ya sabe lo que hará para resolverlos. Aunque nuestros recursos materiales, psicológicos o espirituales parezcan escasos, y pensemos que no habrá una forma de resolver un problema, Dios muestra que, a través de Jesús y de la actuación de su Espíritu Santo, puede suplir cada una de nuestras necesidades y calmar nuestro corazón.

HIMNO FINAL

Dulce oración – HA 376

ORACIÓN FINAL

¡Conozca más! Lea Mateo 14:13-21; Marcos 6:32-44; Lucas 9:10-17 y la obra de Elena de White: *El Deseado de todas las gentes*, p. 332. Capítulo 39: Dadles vosotros de comer.

[illegible]